

JEAN-PHILIPPE KINDLER

**A LA MIERDA
LA AUTOESTIMA,
DADME LUCHA
DE CLASES**

UNA NUEVA CRÍTICA DEL CAPITALISMO

TRADUCCIÓN

Borja Villa Pacheco

s e r i e c e r o

Índice

Introducción	9
Repolitizar la pobreza	21
Repolitizar la felicidad	43
Repolitizar la crisis climática	61
Repolitizar la izquierda	79
Repolitizar la buena vida	95
Agradecimientos	103
Notas	105

El estalinismo o el fascismo no pueden concebirse sin la propaganda, pero el capitalismo sí, y perfectamente: incluso, la propaganda suele sentarle mal y quizás el realismo capitalista funcione mejor cuando nadie lo defiende.

Mark Fisher

Introducción

Cuando alguien reivindica políticamente el derecho a una buena vida para todos, enseguida se le ridiculiza por utópico. Los programas asociados a tales reivindicaciones se describen como «poesía social de izquierdas» o incluso como «política de carta de los Reyes Magos». Difamar —desde posiciones conservadoras— la política de la buena vida como ingenua hasta la estupidez, haciendo referencia a una realidad que es, en última instancia, muy compleja, está dando sus frutos: a la izquierda se le da muy bien decir lo que le parece mal y apenas se atreve a hablar de lo que le parece bien, aquello por lo que lucha y por lo que quiere luchar. Este pudor respecto a lo utópico les pone muy fácil a conservadores y neoliberales devaluar retóricamente la pretensión de maximizar el bien común, relegándola al reino de los fantasmas ideológicos. Es clásica la referencia a la supuesta «falta de alternativas» al modelo de producción y las relaciones sociales capitalistas. Me ocurre muy a menudo en mesas redondas, cuando mi crítica a las relaciones de producción capitalistas es rebatida por un participante que pregunta: «¿Y cuál es la alternativa? ¿El socialismo? Sabemos que eso no

funciona». Es así como se naturalizan en el discurso público las relaciones capitalistas. El consenso social va como sigue: «Sí, el capitalismo tiene sus trampas, pero sigue siendo lo mejor que tenemos». No es casualidad que esta retórica recuerde a la legendaria frase de Winston Churchill: «La democracia es la peor de todas las formas de gobierno, a excepción de todas las demás». No hay que ignorar el contexto en el que Churchill la pronunció, el momento en que los nacionalsocialistas asesinaban industrialmente a millones de personas en territorio europeo y la democracia como forma de gobierno funcionaba como baluarte contra los movimientos fascistas. Sin embargo, la afirmación de Churchill, tantas veces repetida, muestra además que en general se asume que democracia y capitalismo no son siempre ideales y, sin embargo, no hay alternativa. Aunque este no es solo el credo de la clase media conservadora. También muchos en la izquierda parecen haber asumido hace tiempo la falta de alternativas a la democracia liberal organizada en torno a la economía de mercado y practican la limitación de daños en un espíritu de negociación colectiva.

Entonces, gran parte del discurso público de la izquierda consiste esencialmente en reivindicaciones cosméticas: un poco más de salario por aquí, una cuota femenina para las grandes empresas por allá. Las feministas parecen más interesadas en que su capitalismo alternativo sea lo menos discriminatorio posible. Las ideas radicales que conciernen al bien común son siempre sospechosas de ensoñación o cinismo. Al fin y al cabo, dicen, siempre podremos esperar un poco

más para la revolución del proletariado y, por otro lado, la política de izquierdas se vende al público como una amenaza fundamental al orden democrático. Si hiciéramos las cosas como pretende la izquierda, destruiríamos la economía y acabaríamos inmediatamente en el comunismo totalitario. Por eso, en lugar de armar un gran revuelo, debemos luchar por los pequeños cambios que suponen una mejora concreta e inmediata en la vida de la gente, de modo que las ideas colectivistas y críticas se sustituyen por conceptos políticos centrados en la felicidad del individuo. En la sociedad de las singularidades las ideas relevantes son telegénicas e instagrameables:¹ ¿cómo puedo evitar el *burn-out*? ¿Cómo quiero que se dirijan a mí? ¿Los blancos pueden llevar rastas? ¿Tengo TDAH? ¿Es mi exnovia una narcisista patológica? ¿Soy racista si no comparto un cuadrado negro en Instagram? No quiero devaluar ni polemizar con estos autocuestionamientos, especialmente los de los jóvenes. Las cuestiones de identidad contienen importantes preocupaciones políticas y este libro no pretende ser una contribución al cinismo «antiwoke»,² que también parece cada vez más popular dentro de la izquierda. Para mí, es simplemente un hecho notable del discurso liberal de izquierdas que exista una idea muy detallada de cómo debería ser la buena vida del individuo y, al mismo tiempo, haya una brecha tan grande cuando se trata de conceptos de maximización colectiva del bien común. Incluso la izquierda ha perdido el interés en el «nosotros», quizá porque muchos desconfían de ese «nosotros», no sin motivo. El «nosotros» burgués que tan a menudo se invoca en los discursos políticos hace referencia a la sociedad mayoritaria,

pero no a aquellos de los que se espera que se ajusten incondicionalmente a lo que algunos llaman «germanidad». «Germanidad» significa aquí pertenencia a una misma nación a pesar de todas las diferencias, significa compartir los valores culturales asociados a ella y exigir que quienes quieran formar parte los asuman incondicionalmente. En los círculos conservadores esta exigencia dirigida a los inmigrantes suele denominarse «integración», aunque el término implica algo que no es precisamente una invitación al encuentro, a la unión en un hogar común. Por lo general, la integración conlleva una exigencia de adaptación, más conocida como «asimilación». El escepticismo hacia el «nosotros» es, por tanto, sensato, especialmente en un país donde la constitución del «nosotros» siempre ha producido un «vosotros» contra el que luchar. Aquí es donde se pone de manifiesto la naturaleza perversa de la política de identidad: no se ofrece nada común sin una llamada a la diferenciación.

Y, sin embargo, aquí queremos defender el concepto de buena vida para todos. Soy muy consciente de la dificultad de este empeño, porque es extremadamente difícil encontrar denominadores comunes dentro de la guerra de trincheras de la izquierda y proponer aspectos compartidos que no busquen al mismo tiempo diferenciarse de los demás de la forma más radical posible. No obstante, estoy plenamente convencido de que existen. Permítanme decir lo siguiente: convertir estos denominadores comunes en el objetivo último de la crítica emancipadora de la que, idealmente, surgirá un nuevo valor para una utopía

política de izquierdas, exige un grado considerable de voluntad de compromiso por parte de unos y otros, al tiempo que hace necesario que nos distanciamos, al menos un poco, de las sensibilidades particulares. En su libro *Las mentiras que nos unen*, el filósofo británico Anthony Appiah describe la identidad humana como «mentira necesaria»: al pertenecer a una nación, religión o incluso a una comunidad de destino y sacrificio, las personas se engañan a sí mismas sobre el hecho de que son diferentes, sobre todo para proclamar «¡en este aspecto, somos iguales!». Tal es la fuerza de la política de identidad. Este libro no pretende oponerse a ello en principio, sino solo señalar que para la izquierda debe volver a cobrar importancia el elemento común, porque une a la inmensa mayoría: se trata de la pertenencia a una clase que no posee nada más que su propia fuerza de trabajo, que intercambia por un salario.

Margaret Thatcher, ex Primera Ministra de Gran Bretaña, seguramente la política neoliberal más influyente del mundo, pronunció en cierta ocasión unas palabras notables:

Echan la culpa de sus problemas a la sociedad. Y, como sabemos, no existe tal cosa como la sociedad. Hay hombres y mujeres individuales, y sus familias. Y el Gobierno no puede hacer nada si no es a través de la gente, y la gente debe antes que nada ocuparse de sí misma. Es nuestro deber cuidar de nosotros mismos y luego, también, cuidar de nuestros vecinos.³

Thatcher lo dice claramente: no existe la sociedad. Hay hombres y mujeres, hay familias. Se trata de la piedra angular absoluta de la ideología neoliberal. Solo existe el individuo y solo podemos actuar como Estado si el individuo se hace las preguntas cruciales: ¿cómo he llegado a esta miseria? ¿Por qué estoy en tan mala situación? ¿Por qué no tengo piso? ¿Por qué no tengo pensión? ¿Por qué me discriminan? La palabra clave aquí es «despolitización» o, alternativamente, «antipolítica». Thatcher y los demás pensadores neoliberales antes y después de ella han insistido repetidamente en la noción de responsabilidad individual. La sociedad se convierte así simplemente en la suma de individuos que tienen que organizarse según el lema «Pensando en uno mismo, se piensa en todos». Es bien sabido que los políticos neoliberales andan preocupados por reducir el margen de maniobra político. Cuando en la esfera pública se argumenta insistentemente a favor de mercados no regulados, impuestos bajos y libertad empresarial, estamos ante actores que entran en política para impedir que se haga política.

Hasta aquí el consenso de la izquierda. Sin embargo, no quiero detenerme ahí. Me gustaría argumentar que la sociedad de insociables de Thatcher también ha encontrado un anclaje incuestionable en el discurso liberal de izquierdas posmoderno. La frialdad de Thatcher es sustituida por el «individualismo sensible». Así, las preferencias morales de los jóvenes pasan por distanciarse de la «gente tóxica», dedicarse a un «autocuidado» conspicuo, consumis-